
Las/12
MUJERES EN PAGINA/12 VIERNES 5 DE OCTUBRE DE 2001 AÑO 4 N° 182
Yo soy la
Coca
La Buena Tarea de Claire Denis
Deslumbrante Sasha Waltz
María Rosa Yorio canta el tango

Una sala del Museo del Cine acaba de ser inaugurada con su nombre: Isabel Sarli. Ella agradece la iniciativa, pero aclara que no es una pieza de museo, y que tampoco se sintió nunca un símbolo sexual. "Yo soy la Coca y nada más", aclara, antes de rememorar su vida, tan fundida a la de su adorado Armando. De las 27 películas que filmó con él, su favorita sigue siendo "La burrerita de Ypacaraí".

La Coca y nada más

POR SOLEDAD VALLEJOS

Una voz del otro lado del teléfono dice que todavía no se había levantado. Que el día anterior se había caído y le dolía una pierna. "Pero no te preocupes. Ahora estamos y lo importante es que estamos. Del pasado olvidate". Al momento de la charla, faltan unos días para que (en el marco de la celebración del Mes de los Museos que organiza la Secretaría de Cultura de la Ciudad) el Museo del Cine inaugure una sala con su nombre, y dice que eso "es muy grato, porque viste que siempre se hacen los homenajes después de que uno se muere". Unos días después, en la presentación de la sala, dirá que agradece el reconocimiento, que su madre y Armando Bo, donde estuvieran, seguramente estarían contentos y eso la hacía sentir bien. "Ya soy una pieza de museo. Pero yo no soy ninguna reina del cine argentino. Yo soy la Coca". Claro que para eso falta. En este momento, Isabel Sarli es la señora que acaba de despertarse y pide un café con algo de azúcar mientras enumera una a una las veces que tuvo que subir a un avión para recibir distinciones en lugares como España, Francia, o México; que sabe a la perfección en qué épocas qué canales de televisión emitieron sus películas y cuál fue la promoción más simpática; que todavía parece ver como una exageración, por ejemplo, que la televisión francesa haya contratado a Edgardo Cozarinski para que hiciera un documental sobre ella. Y entonces, Isabel habla con extrañamiento, como si la secretaria que se convirtió en Miss Argentina con la sola obsesión de ayudar económicamente a su madre (eran tan pobres, contó alguna vez, que ella soñaba con paredes empapeladas de fiambre, un manjar que la realidad le concedía pocas veces) nunca hubiera dado ese paso que le cambió la vida para siempre. Como si esta semana no se hubiera cumplido un nuevo aniversario de la fecha en que el público argentino pudo ver por primera vez un film erótico nacional con un desnudo completo, el suyo. Como si no hubiera pasado un poco más desde que Armando Bo (su amor, el hombre por el que "hubiera dado mi alma al diablo" para evitarle la muerte, "fui su producto") rodara esa famosa escena del baño en medio de la selva aprovechando el desconocimiento de técnicas cinematográficas de ella.

–Ya son 43 años desde que se estrena *El trueno entre las hojas*. Y es un suceso y es un escándalo. Salgo en *Time*, en *Life*, en los diarios americanos, se arman grandes colas de argentinos para ver la película. En Estados Unidos, decían que era la explotación del hombre por el hombre, porque es el libro de Roa Bastos, el gran escritor paraguayo. Pero ellos decían todo eso por el desnudo, qué sé yo, todo un escándalo. Y ahí, muchas de las mujeres que pasaban se hacían la señal de la cruz, "no puede ser, no puede ser esto", decían todas. En esa época, yo iba a la pileta de Gimnasia y Esgrima, esa grande, por donde pasa el tren, hermosa. Bueno, supongo que todavía estará. Pero dejé de ir, porque, claro, se había estrenado *El trueno...* y todos se la pasaban hablando, preguntándome cómo hice el desnudo, que por qué lo hice, que por qué sí, que por qué no, cada uno era un periodista. Por eso, en el '60 me cambié para acá (la casa de Martínez en la que convivió con su madre y donde supo albergar más de cien animales de toda laya): yo, más que una casa, quería tener una pileta propia, para no ir más al club. Y ya hace 41 años que vivo acá, toda una vida. ¿Qué más, querida? Preguntame lo que quieras.

–Muchas veces usted dijo que no se pensó ni se sintió un símbolo sexual.

–No, no. Yo, la Coca en casa y nada más. Además, mi mamá nunca me dio importancia. Más bien me retó.

–¿Siempre lo hizo?

–¿Mamá? Uh, no le gustaba. Decía: "Cooooooca, dejá el cine, venite conmigo, un día te vas a arrepentir", y así. Ella era muy celosa, por eso. Y yo viajaba mucho, iba por el mundo filmando películas. Porque filmamos muchísimo en el exterior también, en Venezuela, en México, en Sudáfrica, en Uruguay, en Brasil, en Paraguay, en todos lados.

–Algo que se conoce poco es que usted se encargaba de asuntos de producción en sus películas.

–Hacía todo lo que podía, sí, sí, la producción me encanta. Y en una época quería hacer programas para chicos, pero, viste, son esas cosas que uno dice y después quedan en la nada. Pero sí, Armando manejaba todo lo artístico y yo hacía todo lo que era pagar a la gente, hacer los contratos, hablar con distribuidores extranjeros. ¿Eso es poco conocido, decís? Claro, porque cuando Armando falleció, yo ya no quería hacer más nada. Me quería morir. Vos sos muy jovencita... sí, claro, ya sé, uno no vivió en la época de Napoleón y sabe de Napoleón. Pero te quiero decir que fui yo, que no quería saber de nada. Había perdido a mi mamá y a Armando, quería morirme. Después salí adelante con todo, me pasó con lo de la cabeza...

"Lo de la cabeza" fue el tumor que, nueve años atrás, la tuvo "a la muerte", el mismo que generó un súbito y espontáneo fervor popular por ella, que se tradujo en plegarias y oraciones por su salud y en la ayuda del por entonces presidente Carlos Menem. Las crónicas de ese momento daban cuenta de una Isabel Sarli entrando al hospital del brazo de Martín, uno de sus dos hijos adoptivos, de su amiga Juanita Martínez jurándole y perjurándole que, para la operación, no iban a cortarle todo el cabello, de un cirujano, el ex secretario de Ciencia y Técnica Raúl Matera, cumpliendo ese pedido. Y, claro, de una voluntad capaz de superar un estado de coma en apenas dos días. Algunas de esas crónicas, además, mostraban grupos considerables de mujeres, algunas de ellas cercanas a los 60 años, rezando el rosario en la puerta de la clínica.

–Por ahí, esas mujeres eran las mismas que años atrás me hubiesen criticado. Pero es así: en todo se evoluciona en la vida. Matera me llevó a la Bazterrica, y allí, yo esto no lo viví, pero me emocioné cuando después me han mostrado, la gente había hecho una procesión alrededor de la clínica con la Virgen de la Rosa Mística. Y me dijo Matera "ay, en 50 años de profesión, nunca vi que por un paciente hagan cosas semejantes, Isabelita". Y yo tengo acá, en el respaldar de mi cama, que es de esterilla, como 30 rosarios colgados. Están todos allí, porque la gente me los daba entonces para que me cure, para que tenga fe, para esto, para lo otro.

Las paredes de la casa

que, aseguran, es inmensa, conservan instantáneas de sus años de rodaje, de ella y Bo, de su madre, de amigos presentes y no tanto como Mirtha Legrand, o José Marrone. Una cajita contenía la colilla del último cigarro que había fumado Armando en su casa. Al menos hasta hace algunos años, del perchero de la puerta de entrada todavía colgaban un saco de su madre y otro de Armando. Pero las palabras de la Coca ya no destilan la melancolía de hace algún tiempo. Ahora, recordar parece darle más satisfacción que tristeza por lo pasa-



Afiche promocional de *Desnuda en la arena* (1968) para Alemania.



ISABEL SARLI

Una mariposa en la noche

un film de ARMANDO BO con VICTOR BO

Una mariposa en la noche (1976)

do, y las anécdotas no faltan.

–¿Vos viste alguna película aparte de *El trueno...*?

–Carne.

–Ah, muy violenta ésa. ¿Vos sabés que es una historia real? El dueño del frigorífico, amigo de él, fue el que le contó la historia, y la de *Fiebre* también. ¿Viste que es tan brutal? Bueno, cuando él conoció al dueño del haras de Pergamino, le preguntó "¿acá pasó alguna historia?", y entonces le empezó a contar que la hija de un administrador que habían tenido se excitaba con los caballos. Entonces, de ahí sacó todo Armando. Siempre tenía algo que le inspiraba. Y *Favela*... Ahora no permiten más filmar en las favelas, después de que lo hicimos nosotros lo quiso hacer Sara Montiel, que quería hacer *Samba* en Brasil, y no se lo permitieron, lo tuvo que hacer en decorados. Es bravo, eh, andar en una favela.

–¿Ustedes la filmaron con permiso oficial?

–Con permiso de la gente del morro. Antes de filmar, fuimos a una macumba, el asistente de Armando se hizo amigo de la sacerdotisa del morro. Y todas esas cosas influyeron, nos ganamos su confianza.

–¿Usted participaba de esas negociaciones?

–Yo siempre me he llevado bien con todos, mirá. Yo no he hecho escándalo. El único escándalo que yo hice fue pegarle una cachetada a un cura. ¿Sabías eso? Alrededor del '74, '75, el Instituto de Cine hacía una fiesta en un lugar en la calle Parera, casi Quintana, un lugar de las tres armas, los militares, los marinos y la aviación. Entonces, Armando me dice "vamos a tener que ir, tenemos que hacer buena letra, Coca". Vamos. Entonces, un amigo me dice "usted está triste, Isabel, venga que le voy a presentar al padre Zaffaroni que le va a dar consuelo por la muerte de su madre". Bueno, me acerqué. Yo tenía un vestido muy lindo, soirée, con escote, y una estola de zorro blanca. Me acerco y me dice, con el dedo, por poco me lo mete entre las tetas: "¡Mire cómo anda! ¡No tendrá perdón de Dios!". Me enceguecí, le di una cachetada a mano abierta y cayó sobre todos los sandwiches y las masitas. Para atrás cayó, qué te parece. Pero lo merecía, porque si no quiere ver un escote un cura para qué anda en una reunión así, de farándula, una reunión nocturna. El hizo eso porque estaba juzgándome por lo que yo había hecho en mi vida. Fue un escándalo, un lío total, porque en esa época él tenía la misa en Canal 11. Después, cuando yo caí enferma de la cabeza, me mandó una tarjetita... se ve que me había perdonado.

"Por su nefasta influencia

sobre el Pueblo Argentino y su accionar inmoral, obsceno, disolvente y promarxista, que ataca las bases occidentales y cristianas de nuestra sociedad". La carta que la Asociación Argentina de Actores recibió en la primavera de 1974 no dejaba dudas: en un plazo de 72 horas, la Triple A procedería a ejecutar "en el lugar en que se los encuentre, siguiendo la depuración iniciada" a once de sus integrantes, entre los que se contaban Juan Carlos Gené, David Stivel, Susana Giménez, Daniel Tinayre, Isabel Sarli y Armando Bo.

–Claro, claro, que fuimos perseguidos. También estaban Ayala, Olivera por *La Patagonia rebelde*, y bueno, nosotros por los desnudos. Era una época tremenda. No me acuerdo ahora el nombre del comisario, pero él me dijo "Isabelita, no tenga miedo, yo voy a mandarle gente que la cuide". Y tuve tres soldados: uno en la puerta, otro en el jardín y otro adentro de la casa. Eso fue una semana, porque justo habíamos plane-



Aficheta promocional de *Fiebre* (1970) para China.

Museos

La inauguración de la Sala Isabel Sarli en el Museo del Cine (Defensa 1220) forma parte de las actividades programadas por la Dirección General de Museos, la Subsecretaría de Patrimonio Cultural y la Secretaría de Cultura de la Ciudad por el mes de los Museos. El próximo evento será el lunes 6, a las 19 hs, cuando se festejen los 80 años del Museo Histórico Saavedra (Crisólogo Larralde 6309) con la apertura de nuevas muestras, pero habrá movimiento en todos los demás. Para tener una agenda completa, basta consultar la revista gratuita *Ciudad Abierta* (se consigue en bibliotecas, museos, teatros y Centros de Gestión y Participación municipales).

ado ir a un estreno en Caracas, y cuando llegamos allá nos enteramos de que había explotado un barco en el que estaba este comisario. Horrible, mi hija, era una cosa tremenda. Gracias a Dios, no pasaste nada de esas cosas tristes. Eso ya pasó. Ahora se vive libre en una democracia. Estaremos en crisis, estaremos pobres, pero hay que tener esperanza y un día saldremos adelante. Pero bueno, vos sabés que en general el mundo está malo. Y ahora ésta era de sangre que va a tocar, ojalá que no ocurra. Que se dejen de joder con este Bush que habla y ya ataca. Yo no lo tolero, eso que dice "el que no está conmigo está con los terroristas"... parece el cura Zaffaroni. ¿Viste cuando a Aznar le dijo "Andar"? ¿Y "me gusta hablar en español"? Me quedo con Clinton y su sonrisa, aunque sea un pícaro.

A cada rato, mezclada con relatos para los que adopta tonos y modismos ajenos en los diálogos, se escucha una risa de niña que cometió una travesura. De tanto en tanto, adopta cierto sesgo dramático, pero cuando lo grave está ahí, justo a punto de dominarlo todo, ella trae una imitación, una réplica, una descripción capaz de cambiar radicalmente ese clima. Hay otra cosa, un algo más allá de todas las historias que rodeaban a la pareja de escandalosos, del propio e intenso perfume del revuelo con cada estreno o aparición pública. De alguna manera, Isabel y Armando parecen ser parientes cercanos, cercanísimos, de *Zelig*, ese personaje de Woody Allen que, sin saberlo, pretenderlo ni precisamente desearlo, terminaba en el medio de escenas históricas, o rodeado de personajes importantísimos en momentos cercanos a los más importantes de sus vidas.

> "¿Vos sabés que *Carne* es una historia real? El dueño del frigorífico, amigo de Armando, fue el que le contó la historia, y la de *Fiebre* también. ¿Viste que es tan brutal? Bueno, cuando él conoció al dueño del haras de Pergamino, le preguntó '¿acá pasó alguna historia?', y entonces le empezó a contar que la hija de un administrador que habían tenido se excitaba con los caballos. "

–Cuando fue elegida Miss Argentina conoció a Perón.

–El encargado de Prensa y Difusión dijo que yo tenía que saludar al Presidente y me llevó, antes de que yo viajara para concursar por Miss Universo. Y él me dijo una cosa muy laudatoria. Paz era el embajador argentino en Estados Unidos, y Perón me dijo "usted vale más que veinte embajadores Paz, porque es embajadora de buena voluntad y de la belleza de la mujer argentina". Y fue muy amable, muy simpático, todo bien. Era fabu-lo-so, vos no sabés lo comprador que era. Mamá decía de Armando "a éste si habla, no lo llevan preso". A Perón tampoco. Fantástico era. Acá, no conocí otro así, como él. A Eva no la conocí, pero sabía mucho de ella a través de Paco Jamandreu, mi modisto, que durante 40 años me hizo la ropa (tres de esos trajes están expuestos en este momento en el Museo del Cine). Y también por Armando, porque había trabajado con Eva, y también habían trabajado como extras de cine. Y después, él fue su pareja en *La cabalgata del circo* (la última película de Eva Perón), yo tengo por acá una foto de Eva bailando el pericón en la película con Armando.

–Alguna vez, comentó que usted y Armando querían hacer una película sobre la guerrilla. ¿Fue antes de que el Che Guevara se hiciera conocido?

–Noooooo, el Che ya había andado por Bolivia. Entonces, Armando anduvo por allá e incluso lo vio muerto y todo. Pero yo no quise ir por la altura, me iba a hacer mal. Yo tenía que hacer de una aldeana de ahí, una pobre muchachita, y, como me decían que era un comunista, le decía "señor comunisto" porque era una ignorante que no sabía nada de nada. Y vos sabés que cuando vino el Che acá, no me acuerdo si en el '60 o el '61, iba a Uruguay con su comitiva. Y Armando y yo íbamos a Uruguay para el estreno de *Sabaleros*. En esa época se salía en hidroavión, ¿vos sabías eso?... ¡Salí de ahí! Un gato se me cuelga de la cortina, esperá, esperá que los saco que es un escándalo...

–La voz se aleja, se oyen unos pasos que se alejan, unos gritos, un "¡Salí!", "¡bajen, vamos! ¡fuera, fuera fuera!". Otros pasos se acercan–. "Es que esta es la pieza de la nena, y acá no entran gatos, porque arruinan todo. Los dos son muy diablos, son terribles. Tengo algunos tranquilos, peor ésta es nueva, hace poco que me la tiraron. Y es negra, y le puse Xica da Silva, por la novela del 9."

De las 27 películas que rodó con Bo, aseguró siempre, tiene un cariño especial por *La burrerita de Ypacaraí*. Dice la leyenda que él escribió (eufemismo: como buen maestro de la improvisación, el guión era básicamente una idea) esa historia porque Isabel adoraba a las paraguayas que vendían sus mercancías con burros, "y decía qué lindo, y me gustaba la canción de Luis Alberto del Paraná".

–Es muy simpática *La burrerita...*, y no hay tantos desnudos. A mamá le gustaba muchísimo.

–¿Esa sí le gustaba?

–Síííííí. Yo le hacía la película en 16 milímetros y se la mostraba, pero la que nunca le mostré era la de los caballos (*Fiebre*). Ella me decía "¿Coca, por qué no me mostrás la de los caballos?". "No, mami, no la tengo". Pero yo la tenía. Y vos sabés que cuando pasaba alguna en el proyector, cuando notaba que ella se ponía nerviosa, yo empezaba "ay, se está desenfocando, no sé qué le pasa a este proyector". Y la desenfocaba. Me hacía la (Paulino) Tato.

–¿Hay algún rodaje del que tenga mejores recuerdos que otros?

–No, todos en general tienen gratos recuerdos. He tenido mis accidentes, mucho frío en la nieve, en los lagos, vos no sabés en los lagos del sur los fríos que he pasado. Me sacaban desmayada, me querían echar coramina y no me podían ni abrir la boca. Y en *Sabaleros*, que me caía sobre residuos de cloacas de los desagües de la ciudad de Buenos Aires, me vino hepatitis, me vino todo. Armando dijo "uh, qué actriz que está la Coca", y yo estaba echando espuma por la boca. Se estaba muriendo la Coca.

"Chapada a la antigua", como se definió siempre, nunca le molestó la voluptuosidad de sus medidas más que por un detalle: no podía comprar "los soutienes esos hermosos que había en París, o en Estados Unidos. Siempre me los tenía que hacer. Y Armando me decía 'Pero Coca, dejate de jorobar, que de eso vivimos muchos'". De adolescente, no iba a los bailes porque no le gustaba abrazar a extraños. Y el hecho de que el erotismo kitsch criollo del que fue cofundadora haya sido tildado en su momento de pornografía (igual que Willy, el primer marido de Colette, Bo fue apodado "el pornógrafo") no significó jamás que ella aceptara esa calificación ni la pornografía en general. Extraña, Isabel, que se dice pacata y no tiene ni tuvo, sin embargo, ningún empacho en hablar de sexo a los cuatro vientos para una sociedad que hablaba de cualquier cosa menos de "eso".

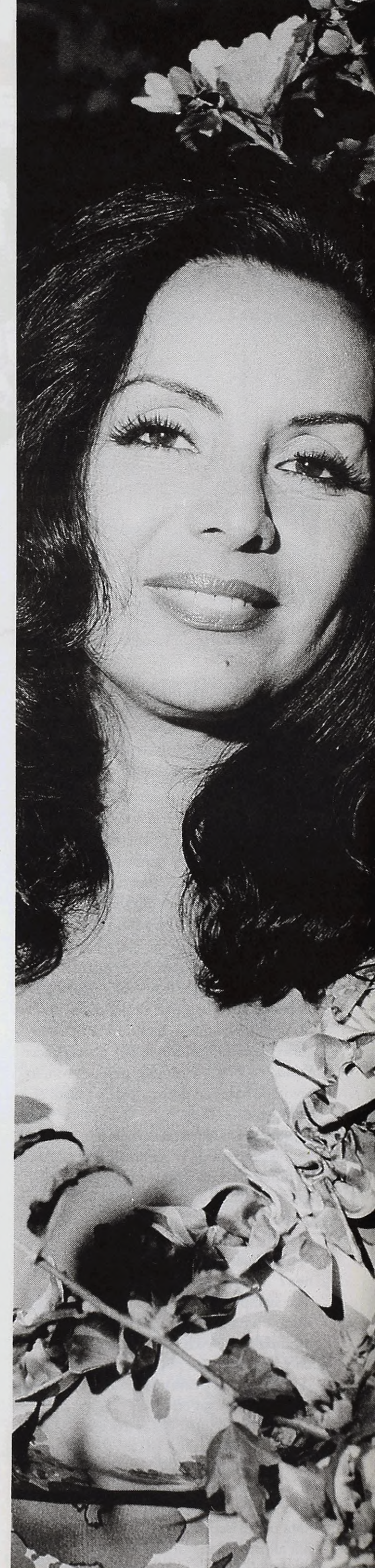
–En el diario, la otra vez salieron las frases más recordadas del cine argentino, y hay una mía (que después decía también en el teatro, en *Tetanic*): "¿qué pretende usted de mí?" Qué pretende usted de mí y me estaban violando (risas, muchas risas). Esa en *Carne*. Y después hay otra que es de *Fuego*, que digo (cambia la voz a tono de melodrama) "ay, tengo un fuego interior que me devora" (muchas más risas).

–Y cuando se toma el tren para Europa.

–¡Ah, el tren de las 3, sí! ¿Pero sabés qué pasa ahí? Falta todo un acto. ¿Viste que se va en tren y ahí termina? Bueno, la tipa renegaba de su dinero, se iba a París de nuevo a luchar por los derechos de las prostitutas. Y Armando puso una prostituta con la bandera rusa, otra alemana, otra inglesa. Y yo era la jefa suprema. Luchaba por los derechos sociales, y así terminaba, y volvía a ir a la iglesia allá, en Notre Dame. Todo eso lo sacó (el censor) Ramiro de la Fuente. Y ahora, en Holanda, las mujeres tienen sus derechos, como Armando había pensado para la película.

Una hora, hace cerca de una hora que no puede dejar el teléfono para tomar su primer café de la mañana. En unas horas, llegarán los vestidos que debe probarse para las funciones del próximo verano en Carlos Paz ("con Tristán y dos chicas muy lindas, que son Panam y Florencia De la Vega"). Al día siguiente, una visita médica de rutina. Vida agitada, la de Isabel, cuando cualquiera la creería descansando y recibiendo homenajes.

–Cualquier cosita, me llamás. ¿Vos sabés que acá, en el barrio, hay un cieguito que tiene tu apellido? ¿Sos solterita? Bueno, sos chiquita. Esperá, primero viví la vida, después hay tiempo. Un besito.



AFP

LA VOZ DE LAS MUJERES AFGANAS

El siguiente texto fue reenviado a diferentes medios de todo el mundo por el colectivo virtual Mujeres en Red, "en solidaridad con las mujeres y el pueblo de Afganistán". Se trata de la declaración de RAWA (Mujeres revolucionarias en la clandestinidad), el grupo de defensa de los derechos de las mujeres afganas más importante de ese país, el cual ha sostenido durante los últimos años una lucha silenciosa contra el talibán, que desde su llegada al poder arrasó con los derechos civiles de la población femenina.

DECLARACION DE LA ASOCIACION REVOLUCIONARIA DE LAS MUJERES DE AFGANISTAN (RAWA)

El pueblo de Afganistán no tiene nada que ver con Osama y sus cómplices. El 11 de septiembre de 2001, el mundo se estremeció con los horrendos ataques terroristas contra Estados Unidos. Desde RAWA nos unimos al resto del mundo para expresar nuestro dolor y nuestra condena a este acto de bárbara violencia y terror.

RAWA ya había hecho la advertencia de que Estados Unidos no debía apoyar a los partidos fundamentalistas islámicos más mentirosos, más criminales y más antidemocráticos y antimujeres, porque después de haber cometido todos los despreciables y posibles crímenes contra nuestro pueblo, el talibán no sentiría vergüenza alguna para perpetrar tales crímenes contra el pueblo estadounidense, al que considera "infiel".

A fin de conseguir y mantener su poder, estos criminales barbáricos están dispuestos a recurrir fácilmente a cualquier fuerza criminal. Desafortunadamente debemos manifestar, sin embargo, que fue el gobierno de Estados Unidos el que apoyó al dictador paquistaní, general Zia-ul Haq, en la creación de miles de escuelas religiosas de las cuales surgieron los gérmenes del talibán. De manera similar, como es obvio para todos, Osama bin Laden ha sido el niño favorito de la CIA. Pero lo que resulta más doloroso es el hecho de que los políticos estadounidenses no hayan aprendido una lección de sus políticas pro fundamentalistas en nuestro país y continúen apoyando a éste o a aquél líder fundamentalista. En nuestra opinión, cualquier tipo de apoyo a los fundamentalistas talibanes está, de hecho, pisoteando los valores de la democracia, los derechos de las mujeres y los derechos humanos.

Si se llega a establecer que los sospechosos de los ataques terroristas se encuentran fuera de Estados unidos, nuestro constante reclamo en el sentido de que los terroristas fundamentalistas devorarían a sus creadores se comprobará una vez más. El gobierno de Estados Unidos debería considerar el origen de este terrible evento, que no ha sido el primero y tampoco será el último. Estados Unidos debería, de una vez por todas, dejar de apoyar a los terroristas afganos y a sus simpatizantes. Ahora que funcionarios estadounidenses consideran que el talibán y Osama son los principales sospechosos después de los ataques criminales, ¿someterá Estados Unidos a Afganistán a un ataque similar al ocurrido en 1998, y matará a miles de inocentes personas afganas por los crímenes cometidos por el talibán y por Osama? ¿Cree Estados Unidos que a través de esos ataques, cuyas víctimas son miles de personas afganas privadas, pobres e inocentes, podrá erradicar la causa fundamental del terrorismo, o expandirá el terrorismo a escala aún mayor? Desde nuestro punto de vista, un vasto e indiscriminado ataque militar contra un país que ha enfrentado desastres permanentes durante más de dos décadas no será cuestión de orgullo. No creemos que tal ataque sería la expresión de la voluntad delpueblo estadounidense. El gobierno y el pueblo de Estados Unidos deberían saber que existe una gran diferencia entre las personas pobres devastadas de Afganistán y los criminales terroristas de la Jehadi y el talibán.

Una vez más manifestamos nuestra solidaridad y profundo dolor al pueblo de Estados Unidos. Al mismo tiempo, también creemos que atacar a Afganistán y matar a sus personas más arruinadas y desposeídas no reducirá de manera alguna el dolor del pueblo estadounidense. Sinceramente esperamos que el gran pueblo de Estados Unidos pueda DIFERENCIAR entre el pueblo de Afganistán y un puñado de terroristas fundamentalistas. Nuestros corazones están con el pueblo de Estados Unidos.

¡Abajo el terrorismo!

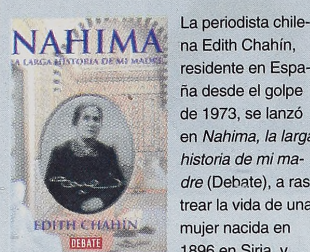
RAMOS GENERALES



Un crimen más en Colombia

El proceso de paz, en Colombia, está agonizando. El cuerpo inerme de la ex ministra de Cultura, Consuelo Araujo Noguera, enfundado en un uniforme verde militar, cubierto de barro y con dos disparos en la cara, fue el arma que giró el diálogo que habían emprendido las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) y el presidente Andrés Pastrana, que ahora tendrá que asistir al entierro de su amiga personal. Nadie ha reivindicado el asesinato de esta mujer de 61 años, madre de seis hijos y amante de los vallenatos, la música más popular del Caribe. Pero las miradas apuntan hacia las FARC, que hasta ahora han guardado silencio. La ex ministra había sido secuestrada junto a otras 28 personas el 17 de setiembre, dieciséis quedaron en libertad esa misma noche, siete fueron rescatadas dos días después, del resto todavía no se sabe su destino. En Valledupar, donde había nacido Consuelo, esposa del actual procurador de Colombia, Edgardo Amaya, cientos de personas se reunieron para efectuar el duelo a quien rindió homenaje a su música favorita creando el Festival Anual del Vallenato, que esta vez también estará de luto.

Historia de una madre



La periodista chilena Edith Chahín, residente en España desde el golpe de 1973, se lanzó en *Nahima, la larga historia de mi madre* (Debate), a rastrear la vida de una mujer nacida en 1896 en Siria, y que según las costumbres árabes fue obligada a casarse a los quince años con un hombre que no conocía y al que sin embargo llegó a amar profundamente. Recién casada, debió separarse de su marido, quien se refugió en el desierto perseguido por soldados turcos. Cuando se produjo el reencuentro, el matrimonio emigra a América, a la Argentina. Luego pasan a Chile, donde a los 39 años muere el esposo y Nahima debe seguir sola con sus catorce hijos. A lo largo de la extensa novela se respira la necesidad de Chahín de aprehender una historia que le es propia y que sin embargo casi le es expropiada por el olvido.

Mujeres políticas en la Argentina



Mónica Deleis, Ricardo de Titto y Diego L. Arguindeguy, con prólogo de María Sáenz Quesada, acaban de publicar *Mujeres de la política argentina* (Aguilar). Se trata de breves biografías que recogen datos de mujeres que tuvieron actuación política desde la conquista y la organización nacional, hasta la modernidad. Obra de consulta, en ella se rescata el trabajo casi siempre de segundo plano de mujeres de convicciones tan fuertes e ideas tan claras que se pudieron sobreponer a lo que se esperaba de ellas, o sea el silencio.



ESPECTACULOS

La bella tarea de Claire

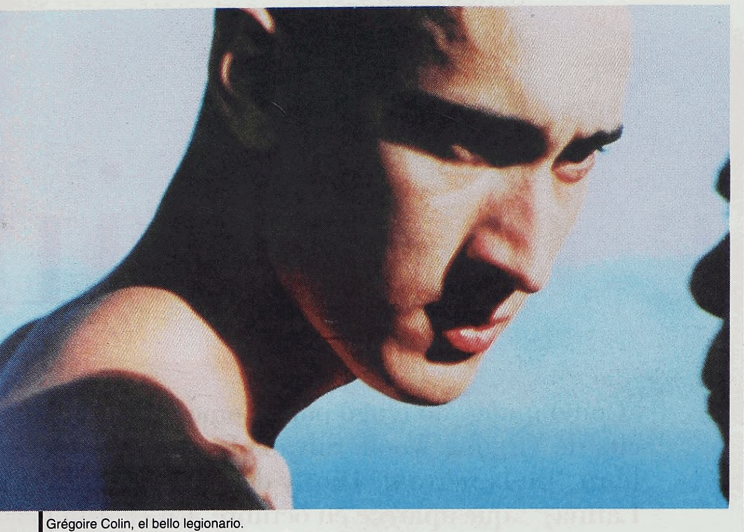
POR MOIRA SOTO

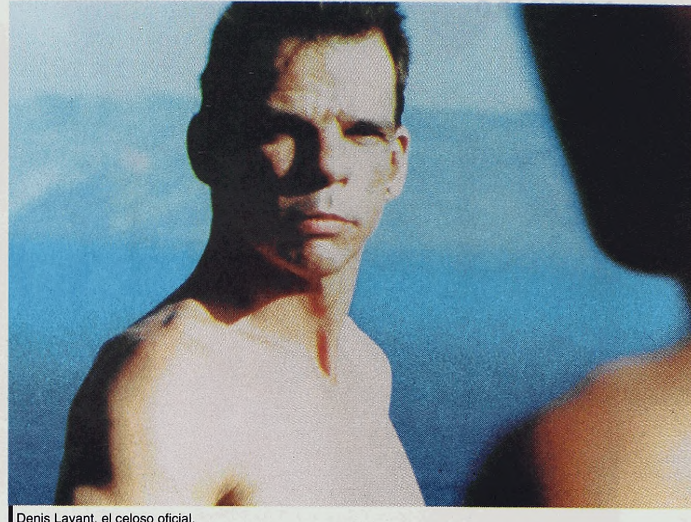
Superando los azares y arbitrariedades de la distribución y exhibición cinematográfica, cada tanto se produce algún acontecimiento imperdible, una suerte de milagro inesperado que nos saca pasajera pero felizmente de la orfandad respecto de determinadas creaciones fílmicas. Por ejemplo, de las recientes realizaciones de directoras francesas que en la década anterior se han multiplicado tanto en número como en calidad y diversidad. Y que si no fuese por los ciclos de la Cinemateca en la Sala Lugones y por festivales locales de cine, resultarían aún más inalcanzables para el público argentino que, gracias a esos eventos, ha tenido acotado acceso a obras de Laetitia Masson, Solveig Anspach, Laurence Ferreira Barbosa, Marion Vernoux, même Virginie (*Baise-moi*) Despentes, para no hablar de la maestra Agnès Varda que nos embelesó en el último Festival de Cine Independiente con *Les glaneurs et la glaneuse*.

La singularísma Claire Denis –autora ya de una docena de trabajos, que incluyen un par de colaboraciones con otros cineastas y telefilms– recién fue presentada localmente en los cines el anteaño, a través de la exquisita *Nenette y Bonis* (de 1996 y bastante maltratada por los críticos aborígenes), y quienes tuvieron la fortuna de atraparla por cable pudieron ver, por caso, *J'ai pas de sommeil* (1993). La penúltima realización de Denis, *Bella tarea* (*Beau travail*, 1999), que se acaba de estrenar, se apreció en una semana de preestrenos europeos, y en los recientes festivales de Mar del Plata y Buenos Aires. Después de este film excepcional en el que confluyen y culminan rasgos estéticos y conceptuales que caracterizan su obra, la cineasta hizo *Trouble Every Day*, una "de horror, pero no de género", según declaró a *Cahiers du Cinéma*. "Me habría gustado ser capaz de dirigir *Scream 3*. Esta es una película realista, sobre el horror, pero no una aproximación lúdica. La idea de herida, de carne desgarrada, es algo que siempre me ha interesado en el cine de horror. (...) En el cine, la nobleza es el revólver, los bajos fondos, el cuchillo. Tengo deseos del revólver, me gustaría mucho hacer un policial, pero procedo por etapas. Retraso el proyecto del revólver para ir primero al sótano."

TRES HOMBRES EN PUGNA

¿Qué tema aparentemente más ajeno al cine hecho por una mujer que el de los legionarios, ese cuerpo de elite formado por hombres de ninguna parte dedicados a los juegos del entrenamiento y la guerra? Es más fácil encontrar un film policial o de terror realizado por una directora que uno bélico (si exceptuamos la glorificación de las formaciones del ejército nazi por parte de Leni Riefensthal, cuya estética, vale señalarlo, ha sido comparada superficialmente con la de Denis). *Bella tarea* no es, claro está viniendo de quien viene, una de guerra, ni siquiera una de guerreros. La Legión Extranjera –la legendaria, la que inspiró films como *La Bandera* o *Marruecos*– es hoy la comunidad ideal para que Denis trasvase el *Billy Budd* de Herman Melville (que ya fue adaptado, más literalmente, en 1962 por Peter Ustinov). Es decir la historia del Bello Marinero, uno de esos ejemplares humanos que, según Melville, solían descollar en las tripulaciones de los barcos del siglo XIX por "su fuerza y su hermosura, unidas a unas condición moral que rara vez deja de coincidir con el aspecto físico". Cuando Billy es elegido para ser trasladado a otro navío, el Bellipotent, su anterior capitán se lamenta ante el nuevo superior del marinero: "Se lleva usted a mi mejor hombre, la joya de la tripulación". Billy, según el narrador en tercera persona de su lado, está cegado por su propia inocencia, desconoce la ironía, los dobles sentidos o las insinuaciones de cualquier clase que resultan "extrañas a su naturaleza". Billy es un pura sangre querido por todos menos por John Claggart, maestro en armas que no tolera la simpatía que el joven despierta en el capitán Vere, distinguido marino fogueado en muchos combates, preocupado por el bienestar de sus hombres, pero inflexible en el cumplimiento de la disciplina. Los celos carcomen a Claggart, también la envidia "que, como se aloja en el corazón y no en la cabeza, ninguna forma de inteligencia proporciona garantía contra ella". El maestro de armas intenta primero, vanamente, desprestigiar a Billy ante su superior y más tarde, directamente destruirlo mediante calumnias. El marinero, atacado por repentina mudez en situaciones de gran tensión, ante la injusta acusación, sólo atina –"rápido como la llama de un cañón disparado, su brazo se precipitó"– a golpear a Claggart causándole sin alevosía la muerte. Un destino trágico lleva a Billy a ser condenado por el tribunal militar, si bien el capitán Vere lo aprecia y perdona. Más aun: Vere morirá poco des-


Grégoire Colin, el bello legionario.


Denis Lavant, el celoso oficial.

Claire Denis es una directora cinematográfica francesa con una docena de trabajos en su haber, cuya *Bella tarea* se acaba de estrenar en Buenos Aires. En ella, Denis ubica en la Legión Extranjera a una personaje de Melville, y se interna en un clima poco frecuentado por directoras mujeres.

pués, herido en combate, murmurando otra vez: "Billy Budd...".

Convocada por la cadena Arte para participar en una serie de films bajo el título de *Terres Etrangères*, Claire Denis pensó que quizás había llegado el momento de realizar un viejo proyecto cuyo punto de partida era "ir a un país desconocido con una idea de ficción y, durante el rodaje, sentirse extranjera. Luego la idea se volvió más personal, ligada a mis recuerdos en Djibouti, donde viví de niña. Enseguida, evocar el tema de la Legión Extranjera era casi como un juego de palabras", dice Denis que ya en *Chocolat*, su primer film de sesgo autobiográfico, planteó una temática ligada a la extranjería, el desarraigo, lo que ella llama "las relaciones interétnicas" (en las cuales el racismo es sólo un aspecto) en un paisaje africano, en los todavía coloniales años 50. La protagonista, ya adulta, regresa al sitio donde pasó parte de su infancia en busca de su pasado –que resurge en un largo flashback– y se encuentra con un presente que la supera por su complejidad y sus vueltas de tuerca. La Claire niña se llama France y espontáneamente trata de conocer la lengua del lugar, probar sus comidas, aceptar ciertos rituales. En oportunidad del estreno de *J'ai pas de Sommeil*, declaraba la directora a *Première*: "Desde muy chica advertí que había una genuina belleza en las etnias diferentes. Mi primera inquietud sexual fue el japonés de *Hiroshima, mon amour*, para el hombre más hermoso del mundo durante bastante tiempo, hasta que vi a Jean Gabin en *La bestia humana*. (...) Todo cuerpo filmado es fascinante, porque la imagen cinematográfica erotiza los cuerpos...".

A los de la Legión Extranjera no les gustó la idea de Claire Denis, pese a que ella estaba muy dispuesta a reivindicar el mito del legionario, incluso algunos de sus clichés. En verdad, lo que le interesaba era el espíritu de cuerpo que afloraba en ese cuerpo militar que ella transformaría en un cuerpo de baile, con la música de *Billy Budd*, la ópera de Benjamin Britten. Porque, a esta altura del proyecto, Denis ya sabía que su fuente principal de inspiración iba a ser el relato de Herman Melville. Pero los de la Legión temían que el film se centrara en la homosexualidad. "En este punto, fui fiel al escritor: las mujeres están para ejercer la sexualidad, pero no forman parte de su mundo. Galoup (Denis Lavant) no puede vivir sin su regimiento ni sin su comandante Bruno Forestier (Michel Subor). Me importaba que no se supiera a ciencia cierta si realmente el comandante se sentía atraído por el joven Gilles (Grégoire Colin). El temor de la Legión hacia *Bella tarea* demuestra su temor a la homosexualidad. Por otra parte, cualquiera sabe que esta institución, como la marina, alimenta fantasías de ese orden."

Claire Denis, con la colaboración de su habitual guionista Jean-Paul Fargeau, traspone la tragedia de Billy Budd al universo de la Legión Extranjera francesa en Africa, y modifica el final, aunque la belleza y la inocencia –acaso más misteriosas en el film– de Billy perviven en Gilles, y el "espíritu de iniquidad" de Claggart esté presente en Galoup. *Bella tarea* altera la ubicación de algunas escenas respecto del original literario: Gilles llevado en andas alude a una imagen que Melville describe al comenzar su historia; el diálogo del joven con Forestier acerca de su origen, Billy lo mantiene –casi textual– con un oficial anónimo; el episodio temprano de Billy horrorizado ante el castigo que sufre un compañero se convierte, cerca del final del film, en el desencadenante de la indignación de Gilles ante el sadismo de Galoup.

"Bello es lo que hace el bello", decía Claggart con una maligna ironía que Billy no podía pescar. Bella muy bella es *Bella tarea*, pero de verdad, sin chiste. Una vez más, Claire Denis rompe esquemas usuales, tranquilizadores de representación cinematográfica. Lo hace con libertad, originalidad y un sentido estético riguroso, infalible, apelando –como en otras oportunidades– a las sensaciones táctiles, auditivas, visuales para conmover y fascinar. Un auténtico poema visual en comunión con la naturaleza y a la vez sumamente estilizado, donde los ejercicios militares de entrenamiento se transforman en una insólita danza de varones simbióticos, que se amalgaman bajo el rasante sol africano.

El valor del hin

"Como mujer, no tengo país. Como mujer, no quier
cita de Virginia Woolf, Silvana Paternostro encabez
libro "En la tierra de Dios y del hombre (hablan las
Latina)", que aparece en octubre. En él, esta perio
residente en Nueva York analiza los mecanismos an
aún la subjetividad de las mujeres hispanas. En el t
cómo muchas de ellas recurren a una cirugía conoci
"reconstrucción del himen" para poder casarse "lim

POR SILVANA PATERNOSTRO

El aviso ofrecía una consulta gratis y un número telefónico activo las veinticuatro horas. Llamé desde mi apartamento un domingo al atardecer.

Una mujer atendió el teléfono después del tercer timbrazo. Por el tono de su voz, supuse haber marcado un número equivocado. Sonaba como si estuviera cómoda y en su casa. Probablemente lo estaba: con los nuevos servicios de transmisión de llamadas, los comerciantes de hoy no tienen por qué perder clientes potenciales. Dije que quería hablar con el Centro de Cirugía Plástica y la voz me respondió:

–¿En qué puedo ayudarte, mi amor?

Le pedí indicaciones. Desde Manhattan, tenía que tomar el tren número 7 desde Grand Central Station hasta Main Street en Flushing, si quería ir a la sede de Queens: o bien, si prefería la sede de Brooklyn, debía tomar el tren M –"eme de mamá", sugirió la voz– desde Canal Street hasta Forest Avenue. Si tenía alguna otra pregunta que hacer, ella podría responderme. Me explicó que trabajaba en la clínica desde hacía diez años.

–¿Qué es lo que te interesa, mi cielo? –preguntó.

Puse una voz adecuada al caso. Me transformé en una doncella latina en peligro que necesita recuperar su virginidad, volver a ser señorita. No sólo la engañé a ella: me engañé a mí misma. Siempre me sorprende lo naturalmente que me sale esa voz. Décadas de vivir sola, al norte de la frontera, aparentemente no han bastado para hacerla desaparecer por completo. Siempre puedo volver a recuperarla, como un par de viejos zapatos favoritos del fondo del ropero.

–Esa –dijo la voz del otro lado. Lo mismo podría haberle dicho que me quería hacer rayitos en el cabello– siempre queda lo más bien. Es muy sencilla. Dura aproximadamente dos horas. La hacemos muchísimo.

–¿Anestesia? –pregunté.

–Local –dijo–. Tenemos médicos hispanos entre nuestros cirujanos. Todos hablan español. Puedo recomendarte a dos. El costo de la operación oscila entre los mil ochocientos y los dos mil dólares, se paga el mismo día en que se practica y aceptamos todas las tarjetas de crédito importantes.

–Pero me gustaría saber un poco más –dije–. ¿Muchas latinas se la hacen? –pregunté, fingiendo nerviosismo. Esperaba que, para estimularme a hacerla, me ofreciera una lista de horrorosas estadísticas.

–Por supuesto, amor, son muchas las hispanas que quieren sacarse ese problemita de encima. Siempre se ha hecho, no te preocupes. Vuelven a cerrar todo y te dejan un orificio para la menstruación.

El procedimiento sonaba salvaje, ofensivo, como una violación, algo que no debía estar permitido. Pero el hecho de que una mujer me lo describiera por teléfono, como si yo hubiera llamado a un salón de belleza, lo volvía más espantoso y más triste. Estaba decidida a hacer la venta y recitó deun tirón el record de la clínica. "Muchas, muchísimas" clientas de China y Corea; muchachas que vienen desde Corea a hacérselo porque allá, me explicó, los padres del novio pueden exigir ver un documento que atestigüe la virginidad de la novia. Las muchachas chinas, dijo, generalmente vienen con sus madres.

–¿Y las norteamericanas?

–No, las americanas no, no les importa eso. Aunque la semana pasada vino una que se iba a casar con un árabe. Pero, entre nosotras –dijo–, siempre lo hemos hecho. No te preocupes, todo irá bien.

Para probarlo, me contó el caso de la muchacha de diecinueve años que tenía un hijo, pero cuyo novio creía que era virgen y que el niño era en realidad hijo de su madre. A fin de encubrir su mentira, pagó cerca de dos mil dólares para que un cirujano cosiera los remanentes de su himen roto.

La voz del teléfono era cálida y locuaz, como sólo una latina puede serlo con otra, aunque no la haya visto en su vida. Eso lo enrarecía más. Incluso confesó –en señal de confianza y como estrategia comercial– que se había hecho agrandar los senos. Hubiera seguido hablando si yo le hubiera seguido preguntando. Pero sentía que mi disfraz empezaba a fallar a medida que mi indignación aumentaba. Me dio su nombre y me dijo que preguntara por ella cuando fuera a mi consulta gratuita. Las clínicas estaban abiertas de lunes a sábados, de diez de la mañana a seis de la tarde.

–Gracias –dije.

–Gracias a ti, amor.

–Adiós –murmuré, disgustada y decepcionada. El machismo cruza a nado el río Bravo y se instala tan fuerte y tan decidido a trabajar duro y quedarse, como los millones de hombres y mujeres que llegan a este país desde todos los rincones de América latina. En el año 2000, los hispanos superaron en número a los afroestadounidenses, constituyendo el veintinueve por ciento de la población de Nueva York y convirtiéndose en la minoría más importante de la ciudad. Tristemente, esta mentalidad se mantiene.

–Adiós, mi cielo –escuché a lo lejos. ¿Cuánto tiempo, pensé al colgar el auricular, seguirá ese centro metiéndoles ideas en la cabeza a las mujeres? ¿Hasta cuándo, me pregunto, las mujeres latinas residentes en los Estados Unidos necesitarán o estarán dispuestas a someterse a una práctica tan perversa, ridícula, humillante y engañosa? La cálida sensación de comodidad y familiaridad que obtenía de los carteles *Se habla español* colocados en todos los tribunales neoyorquinos, de las instrucciones y publicidades en español en el metro y el bus, de las pilas de diarios y revistas destinados a los latinos de esta ciudad, está teñida ahora de recelo. Solía sentir que nos estábamos haciendo un lugar en los Estados Unidos. Pero, ¿acaso las actitudes que han refrenado a las mujeres, las han maltratado y las han convertido en ciudadanas de segunda se han abierto camino junto con todos los otros transmisores de nuestra cultura?

Engañar al marido la noche de bodas es parte de nuestra tradición y nuestra literatura. Angela Vicario, la novia devuelta de *Crónica de una muerte anunciada*, de Gabriel García Márquez, había sido provista con los instrumentos necesarios para engañar a su esposo: "Contó que sus amigas la habían adiestrado para que emborrachara al esposo en la cama hasta que perdiera el sentido, que aparentara más vergüenza de la que sintiera para que él apagara la luz, que se hiciera un lavado drástico de aguas de alumbre para fingir la virginidad, y que manchara la sábana con mercurio cromo para que pudiera exhibirla al día siguiente en su patio de recién casada".

(...) Angela Vicario puede ser un personaje de ficción, pero su dilema no tiene nada de ficticio. Tanto es así que la novela está basada en un hecho real. El valor que los hombres otorgan a la virginidad es comprendido por las latinas de todas partes y de toda condición: desde lasclientas de la clínica de Queens hasta la desnudista que conocí una noche en Bogotá.

Trabajaba en el ostentoso Le Palace, un cabaret y prostíbulo caro y de mal gusto con el mismo nombre y el mismo decorado que el que frecuentaban mis amigos en Panamá. Era una chica bonita oriunda de Pereira, una ciudad pequeña al suroccidente de Bogotá conocida por las numerosas jóvenes que la abandonaban para ir a trabajar como prostitutas en la capital. Iba a la universidad, vivía con su tía y bailaba dos noches por semana. Sus padres sólo podían enviarle dinero para la matrícula universitaria. Mientras se arreglaba el ajustador de lentejuelas rojas, me dijo que "bailando y yendo con los clientes" tenía dinero para gastar. Si bien era la misma historia que les había escuchado contar a las desnudistas del Stringfellow's en Nueva York, la de ella tenía ese toque latino. Las noches que bailaba en Le Palace, les decía a su tía y a su novio que tenía que estudiar para un examen. No le preocupaba sobremanera que sus padres o su tía descubrieran la verdad. Sin embargo, la posibilidad de que su novio se enterara la aterrorizaba. Hacía dos años que estaban juntos y esperaba casarse con él.

El valor del himen

"Como mujer, no tengo país. Como mujer, no quiero país". Con esta cita de Virginia Woolf, Silvana Paternostro encabeza el capítulo V de su libro "En la tierra de Dios y del hombre (hablan las mujeres de América Latina)", que aparece en octubre. En él, esta periodista colombiana residente en Nueva York analiza los mecanismos ancestrales que dominan aún la subjetividad de las mujeres hispanas. En el texto que sigue, relata cómo muchas de ellas recurren a una cirugía conocida como "reconstrucción del himen" para poder casarse "limpias".

POR SILVANA PATERNOSTRO

El aviso ofrecía una consulta gratis y un número telefónico activo las veinticuatro horas. Llamé desde mi apartamento un domingo al atardecer.

Una mujer atendió el teléfono después del tercer timbrazo. Por el tono de su voz, supuse haber marcado un número equivocado. Sonaba como si estuviera cómoda y en su casa. Probablemente lo estaba: con los nuevos servicios de transmisión de llamadas, los comerciantes de hoy no tienen por qué perder clientes potenciales. Dije que quería hablar con el Centro de Cirugía Plástica y la voz me respondió:

–¿En qué puedo ayudarte, mi amor?

Le pedí indicaciones. Desde Manhattan, tenía que tomar el tren número 7 desde Grand Central Station hasta Main Street en Flushing, si quería ir a la sede de Queens: o bien, si prefería la sede de Brooklyn, debía tomar el tren M –"eme de mamá", sugirió la voz– desde Canal Street hasta Forest Avenue. Si tenía alguna otra pregunta que hacer, ella podría responderme. Me explicó que trabajaba en la clínica desde hacía diez años.

–¿Qué es lo que te interesa, mi cielo? –preguntó.

Puse una voz adecuada al caso. Me transformé en una doncella latina en peligro que necesita recuperar su virginidad, volver a ser señorita. No sólo la engañé a ella: me engañé a mí misma. Siempre me sorprende lo naturalmente que me sale esa voz. Décadas de vivir sola, al norte de la frontera, aparentemente no han bastado para hacerla desaparecer por completo. Siempre puedo volver a recuperarla, como un par de viejos zapatos favoritos del fondo del ropero.

–Esa –dijo la voz del otro lado. Lo mismo podría haberle dicho que me quería hacer rayitos en el cabello– siempre queda lo más bien. Es muy sencilla. Dura aproximadamente dos horas. La hacemos muchísimo.

–¿Anestesia? –pregunté.

–Local –dijo–. Tenemos médicos hispanos entre nuestros cirujanos. Todos hablan español. Puedo recomendarte a dos. El costo de la operación oscila entre los mil ochocientos y los dos mil dólares, se paga el mismo día en que se practica y aceptamos todas las tarjetas de crédito importantes.

–Pero me gustaría saber un poco más –dije–. ¿Muchas latinas se la hacen? –pregunté, fingiendo nerviosismo. Esperaba que, para estimularme a hacerla, me ofreciera una lista de horrorosas estadísticas.

–Por supuesto, amor, son muchas las hispanas que quieren sacarse ese problemita de encima. Siempre se ha hecho, no te preocupes. Vuelven a cerrar todo y te dejan un orificio para la menstruación.

El procedimiento sonaba salvaje, ofensivo, como una violación, algo que no debía estar permitido. Pero el hecho de que una mujer me lo describiera por teléfono, como si yo hubiera llamado a un salón de belleza, lo volvía más espantoso y más triste. Estaba decidida a hacer la venta y recitó deun tirón el record de la clínica. "Muchas, muchísimas" clientas de China y Corea; muchachas que vienen desde Corea a hacérselo porque allá, me explicó, los padres del novio pueden exigir ver un documento que atestigüe la virginidad de la novia. Las muchachas chinas, dijo, generalmente vienen con sus madres.

–¿Y las norteamericanas?

–No, las americanas no, no les importa eso. Aunque la semana pasada vino una que se iba a casar con un árabe. Pero, entre nosotras –dijo–, siempre lo hemos hecho. No te preocupes, todo irá bien.

Para probarlo, me contó el caso de la muchacha de diecinueve años que tenía un hijo, pero cuyo novio creía que era virgen y que el niño era en realidad hijo de su madre. A fin de encubrir su mentira, pagó cerca de dos mil dólares para que un cirujano cosiera los remanentes de su himen roto.

La voz del teléfono era cálida y locuaz, como sólo una latina puede serlo con otra, aunque no la haya visto en su vida. Eso lo enrarecía más. Incluso confesó –en señal de confianza y como estrategia comercial– que se había hecho agrandar los senos. Hubiera seguido hablando si yo le hubiera seguido preguntando. Pero sentía que mi disfraz empezaba a fallar a medida que mi indignación aumentaba. Me dio su nombre y me dijo que preguntara por ella cuando fuera a mi consulta gratuita. Las clínicas estaban abiertas de lunes a sábados, de diez de la mañana a seis de la tarde.

–Gracias –dije.

–Gracias a ti, amor.

–Adiós –murmuré, disgustada y decepcionada. El machismo cruza a nado el río Bravo y se instala tan fuerte y tan decidido a trabajar duro y quedarse, como los millones de hombres y mujeres que llegan a este país desde todos los rincones de América latina. En el año 2000, los hispanos superaron en número a los afroestadounidenses, constituyendo el veintinueve por ciento de la población de Nueva York y convirtiéndose en la minoría más importante de la ciudad. Tristemente, esta mentalidad se mantiene.

–Adiós, mi cielo –escuché a lo lejos. ¿Cuánto tiempo, pensé al colgar el auricular, seguirá ese centro metiéndoles ideas en la cabeza a las mujeres? ¿Hasta cuándo, me pregunto, las mujeres latinas residentes en los Estados Unidos necesitarán o estarán dispuestas a someterse a una práctica tan perversa, ridícula, humillante y engañosa? La cálida sensación de comodidad y familiaridad que obtenía de los carteles *Se habla español* colocados en todos los tribunales neoyorquinos, de las instrucciones y publicidades en español en el metro y el bus, de las pilas de diarios y revistas destinados a los latinos de esta ciudad, está teñida ahora de recelo. Solía sentir que nos estábamos haciendo un lugar en los Estados Unidos. Pero, ¿acaso las actitudes que han refrenado a las mujeres, las han maltratado y las han convertido en ciudadanas de segunda se han abierto camino junto con todos los otros transmisores de nuestra cultura?

Engañar al marido la noche de bodas es parte de nuestra tradición y nuestra literatura. Angela Vicario, la novia devuelta de *Crónica de una muerte anunciada*, de Gabriel García Márquez, había sido provista con los instrumentos necesarios para engañar a su esposo: "Contó que sus amigas la habían adiestrado para que emborrachara al esposo en la cama hasta que perdiera el sentido, que aparentara más vergüenza de la que sintiera para que él apagara la luz, que se hiciera un lavado drástico de aguas de alumbre para fingir la virginidad, y que manchara la sábana con mercurio cromo para que pudiera exhibirla al día siguiente en su patio de recién casada".

(...) Angela Vicario puede ser un personaje de ficción, pero su dilema no tiene nada de ficticio. Tanto es así que la novela está basada en un hecho real. El valor que los hombres otorgan a la virginidad es comprendido por las latinas de todas partes y de toda condición: desde lasclientas de la clínica de Queens hasta la desnudista que conocí una noche en Bogotá.

Trabajaba en el ostentoso Le Palace, un cabaret y prostíbulo caro y de mal gusto con el mismo nombre y el mismo decorado que el que frecuentaban mis amigos en Panamá. Era una chica bonita oriunda de Pereira, una ciudad pequeña al suroccidente de Bogotá conocida por las numerosas jóvenes que la abandonaban para ir a trabajar como prostitutas en la capital. Iba a la universidad, vivía con su tía y bailaba dos noches por semana. Sus padres sólo podían enviarle dinero para la matrícula universitaria. Mientras se arreglaba el ajustador de lentejuelas rojas, me dijo que "bailando y yendo con los clientes" tenía dinero para gastar. Si bien era la misma historia que les había escuchado contar a las desnudistas del Stringfellow's en Nueva York, la de ella tenía ese toque latino. Las noches que bailaba en Le Palace, les decía a su tía y a su novio que tenía que estudiar para un examen. No le preocupaba sobremanera que sus padres o su tía descubrieran la verdad. Sin embargo, la posibilidad de que su novio se enterara la aterrorizaba. Hacía dos años que estaban juntos y esperaba casarse con él.

–Si se entera –decía–, me da miedo pensar lo que hará. Cree que soy virgen. Sé que sólo se casará con una virgen.

Es cierto que otros hombres, no sólo los latinoamericanos, esperan y exigen que sus novias sean vírgenes. Y los procedimientos que permiten a las mujeres complacer esas creencias humillantes están fácilmente disponibles en estos lugares, lugares que anteriormente suponía atrasados o puramente ficticios. Según la mujer de la clínica de Queens, las chinas y las coreanas son clientas importantes. *The Lancet*, una prestigiosa publicación médica de Inglaterra, informa que esta práctica es muy común en Egipto y que las mujeres de todo Medio Oriente, incluidos los países del Golfo, van a operarse a El Cairo. La costumbre egipcia exige que el esposo muestre un pañuelo de seda blanca manchado de sangre a las mujeres de la familia, que esperan fuera del cuarto. Las novias que no sangran son asesinadas en las zonas rurales de Egipto para que la familia pueda de ese modo "limpiar su vergüenza".

(...) Para una argentina sexagenaria, la reconstrucción del himen era sinónimo de libertad sexual en su juventud. Recuerda que el procedimiento permitía que las jóvenes de su país tuvieran una vida sexual que teóricamente les estaba vedado tener. Cuando tenía veintitantos años, me cuenta por teléfono, tenía una maiga, una ginecóloga "feminista" que hacía la operación para contribuir al "progreso de las mujeres", porque, según ella, "era injusto que los hombres pudieran tener relaciones sexuales y las mujeres no". Eso era la Argentina alrededor de 1948, cuando las mujeres ni siquiera podían votar. Cuando le digo que lo mismo está ocurriendo en Nueva York en 1998, se ríe a carcajadas. Cincuenta años más tarde, las mujeres aún tienen necesidad de mentir, en engañar, de esconder su sexualidad ▼



"Angela Vicario puede ser un personaje de ficción, pero su dilema no tiene nada de ficticio. Tanto es así que la novela está basada en un hecho real. El valor que los hombres otorgan a la virginidad es comprendido por las latinas de todas partes y de toda condición: desde las clientas de la clínica de Queens hasta la desnudista que conocí una noche en Bogotá."

men

...ro país". Con esta ...za el capítulo V de su ...s mujeres de América ...dista colombiana ...ncestrales que dominan ...texto que sigue, relata ...ida como ...npias".

–Si se entera –decía–, me da miedo pensar lo que hará. Cree que soy virgen. Sé que sólo se casará con una virgen.

Es cierto que otros hombres, no sólo los latinoamericanos, esperan y exigen que sus novias sean vírgenes. Y los procedimientos que permiten a las mujeres complacer esas creencias humillantes están fácilmente disponibles en estos lugares, lugares que anteriormente suponía atrasados o puramente ficticios. Según la mujer de la clínica de Queens, las chinas y las coreanas son clientas importantes. *The Lancet*, una prestigiosa publicación médica de Inglaterra, informa que esta práctica es muy común en Egipto y que las mujeres de todo Medio Oriente, incluidos los países del Golfo, van a operarse a El Cairo. La costumbre egipcia exige que el esposo muestre un pañuelo de seda blanca manchado de sangre a las mujeres de la familia, que esperan fuera del cuarto. Las novias que no sangran son asesinadas en las zonas rurales de Egipto para que la familia pueda de ese modo "limpiar su vergüenza".

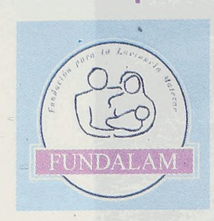
(...) Para una argentina sexagenaria, la reconstrucción del himen era sinónimo de libertad sexual en su juventud. Recuerda que el procedimiento permitía que las jóvenes de su país tuvieran una vida sexual que teóricamente les estaba vedado tener. Cuando tenía veintitantos años, me cuenta por teléfono, tenía una maiga, una ginecóloga "feminista" que hacía la operación para contribuir al "progreso de las mujeres", porque, según ella, "era injusto que los hombres pudieran tener relaciones sexuales y las mujeres no". Eso era la Argentina alrededor de 1948, cuando las mujeres ni siquiera podían votar. Cuando le digo que lo mismo está ocurriendo en Nueva York en 1998, se ríe a carcajadas. Cincuenta años más tarde, las mujeres aún tienen necesidad de mentir, en engañar, de esconder su sexualidad ▼



FOCUS

"Angela Vicario puede ser un personaje de ficción, pero su dilema no tiene nada de ficticio. Tanto es así que la novela está basada en un hecho real. El valor que los hombres otorgan a la virginidad es comprendido por las latinas de todas partes y de toda condición: desde las clientas de la clínica de Queens hasta la desnudista que conocí una noche en Bogotá."

Harapos Reales y Fundalam



La gente de Harapos Reales, la tienda de tejidos exquisitos de Palermo Viejo (Pasaje Santa Rosa 4901), tenía en mente desde hace tiempo algún emprendimiento solidario para sentirse útil. Un acercamiento a Fundalam (Fundación para la Lactancia Materna) le permitió gestar esta iniciativa, ahora que se acerca el Día de la Madre: la campaña conjunta consiste en recibir en el local de la marca toda la ropa de bebé usada pero en buen estado que los vecinos del barrio, quienes paseen por el circuito y su propia clientela les acerquen. Las donaciones serán destinadas a los bebés del Hospital Pedro Elizalde (ex Casa Cuna). Quienes deseen colaborar pueden acercar la ropita de lunes a sábados de 11 a 20 y los domingos de 15 a 19. Quienes al margen de la donación compren cualquier prenda tendrán adicionalmente un descuento del 20 por ciento. Fundalam es una institución sin fines de lucro que desde hace años se dedica a ayudar, informar y acompañar a embarazadas y madres, estimulando la lactancia. Se ocupa también de sostener y asesorar a padres de bebés con síndrome de Down y prematuros. Este emprendimiento conjunto entre Harapos Reales y Fundalam marca además una tendencia: la del acercamiento entre el mundo de la moda y el diseño a problemáticas difíciles y complejas. Lo bello, si es útil, es mejor.



Del Pozo

El diseñador español Jesús del Pozo presentó en el Museo Antropológico de Madrid su nueva colección, en la que se advierte un énfasis en las asimetrías que le son características. Telas vaporosas, un ligero aire étnico y una figura femenina de curvas a la vista son los rasgos que sobresalen.





Dora

Sigue presentándose en su tercera temporada *El Kaso Dora*, una "comedia teatral de histeria y humor", basada en el caso más célebre de don Sigmund Freud. Con la dirección de Pablo Silva y Jorge Guala, actúan Cecilia Cambiaso y Alejandro Mauri. Es en El Vitral, Rodríguez Peña 344, viernes y sábados.





Termal

Los laboratorios Avène han desarrollado el concepto de Mineral Protector Ingredients, o sea pantallas minerales: reflejan los rayos solares, creando un escudo que hace rebotar los rayos UVB, UVA e infrarrojos. Entre otros, está el agua termal Avène, suavizante y calmante, y la línea de protección solar, con productos especiales para pieles ultradelicadas, como las de los bebés.



Dappiano

Mariana Dappiano abrió un nuevo local y adivinen dónde: en Palermo Viejo (Honduras 4932). Una casona antigua reciclada que, al uso moderno, no sólo fue ambientada para poner percheros, sino que además ofrece espacios para charlar o leer. Con denim exclusivo provisto por Lee, una parte importante de la colección está confeccionada en ese material. Vestidos, pantalones, faldas, blazers, hay de todo. Salud, Dappiano.

Bálsamo

Lipikar Baume es el nombre del bálsamo relipidizante corporal de la marca La Roche-Posay. Libre de fragancia, dermatológicamente testeado, actúa intensamente contra la irritación. Contiene aceite de Karité, glicerina y agua termal.



Promo

Entre las promociones para el Día de la Madre, Dupont ofrece varios kits de fragancias con cuya compra se regalan diferentes productos, desde jabones hasta un *coffret* azul, el color emblema de la marca. Por su parte, Tommy Hilfiger tienta con "True Blue", un kit que incluye una fragancia Tommy y una lindísima cartera de jean de regalo.





Avant

Bagovit Avant presentó su fórmula hidronutriente antiage para piel seca. Creada por los Laboratorios Bagó, los productos de la línea, de larga y prestigiosa historia, ofrecen máxima hidratación. La versión Avant piel seca está compuesta por una combinación de vitamina A dermovectorizada, Algisium C y ácido hialurónico.

GASTRONOMIA

picante y no tanto

En un hotel de Buenos Aires se llevaron a cabo Jornadas de Cocina Mexicana. Para la ocasión vino el chef Gerardo Rivera, que bajó los decibeles de los chiles y exhibió un menú amplio de la alta cocina tan desvirtuada por sus versiones tex-mex.

POR FELISA PINTO

En el restaurante Agraz del Hotel Caesar Park, se celebró en setiembre un festival de cocina mexicana. Para preparar los manjares llegó Gerardo Rivera, chef ejecutivo del Fiestamericana de Cancún, junto a otros expertos de otras regiones de su país, famosas por sus platos, como Puebla, Veracruz, Yucatán, Jalisco y Oaxaca, dispuestos a hacernos conocer y degustar los verdaderos sabores, picores y texturas de la milenaria y refinadísima culinaria de México, lograda a pura cultura y artesanía sin concesiones, como pocas. En realidad, una buena oportunidad para saber realmente cómo son los gustos y haceres de esa cocina, que por lo general nos llega desvirtuada por las manías del fast food y las fusiones dudosas y desculturizadas del estilo tex-mex, que en general contribuyen al desorden gustativo, borrando todo trazo de la auténtica gastronomía mexicana.

Ante la amenaza del picante, que muchas veces espanta a los aspirantes a gourmets, el chef Rivero tomó sus recaudos. "En todos los platos de las diversas regiones que preparamos en Buenos Aires, están presentes algunos de las más de trescientas clases de moles (salsas), que por lo general se hacen con chiles muy picantes. Para evitar espantar a los comensales, hemos elegido que prevalezca la dosis moderada del chile guajillo, uno de los más suaves. Es decir, hemos bajado la potencia del picor en un 50 por ciento".

Sin embargo, los chefs prepararon otros exotismos alimenticios como las hormigas (escamoles) y grillos fritos y crocantes, habituales en algunos menúes, y que los argentinos conocen menos que el gusano del maguey, incluido en un plato de Yucatán y en ciertas botellas de tequila que los turistas conocen bastante. Pero hay platos clásicos consagrados más moderados para todos los gustos. Como los tamales de Oaxaca o el guajolote (pavo) con pipián verde, esa mezcla molida en mortero especial, lograda con tomates verdes, chiles suaves, semillas de calabacitas y ajos, irresistible. Así como el mixiote de carnero, aplaudido por los comensales porteños, por la terneza de la carne, cocida con chile guajillo y hojas de palta, que se coloca sobre una tortilla de maíz recién hecha y caliente, según los que saben.

Entre los pescados es deslumbrante el mero asado al guajillo, adonde se sospechan diversas cocciones asadas y fritas ensambladas en un bocado refinado. Es interesante observar que los que saben comer a la mexicana no acompañan las comidas con vinos, sino con tequila pura con sal y limón en gajos, que se sirve en copitas llamadas cañas tequileras, o si no, con cerveza helada. Sucede que el picante suele arruinar el sabor del vino.

Por otra parte, no son recomendables en Buenos Aires las margaritas, ya que padecen el mal de las mezclas industriales prepreparadas, generalmente edulcoradas y desleídas, muchas veces utilizadas por los barmen porteños para ahorrar tiempo y tequila.

Otro capítulo destacable y celebrado en todo el mundo es el de los dulces mexicanos, tan elaborados como imaginativos, hechos con frutas, frescas y secas, azúcar y chocolates en diversas concentraciones, cuya calidad visual es a la vez atractiva y curiosa. Tal el caso de las calaveras modeladas con azúcar y chocolate, una golosina que los adultos suelen regalar a los chicos, con su nombre grabado en ésta, el 2 de noviembre para las ferias de esa celebración religiosa, cuando los chicos las saborean con ánimo festivo. Además de las calaveras, son los camotes, barras de dulces, básicamente de batata, hechos además con todos los gustos de frutas. Las otras golosinas favoritas y populares son especialmente hechas en Puebla. Junto a las figuras de mazapán, o el dulce de leche, llamado dulce de cajeta en México y que algunos turistas maliciosos argentinos suelen incluir en su equipaje como souvenir supuestamente pícaro. Muy distantes de otros que suelen comprar ejemplares sesudos y eruditos sobre la cultura gastronómica mexicana, adonde a veces figuran recetas del Convento de San Jerónimo, tomadas del libro de cocina seleccionado y transcripto por Sor Juana Inés de la Cruz. Una de las más fáciles sugiere: "A una y media libra de azúcar, medio cuartillo de miel virgen, bizcocho correspondiente. Clavo, canela, pimienta poquita, ajonjolí, piñones y nuez".

CONTRACULTURA

Las Caramelitas en Calzas hacen música de choque amparadas en un término de los años sesenta: contracultura. Son cinco mujeres feministas y lesbianas que se definen como "irreverentes e inconvenientes" y cuyo hit es la "Contramarcha de Lorenza", que le toma el pelo a la "Marcha de San Lorenzo".

¡Réprobas!





ARNALDO PAMPILLON

POR MARTA DILLON

No usan eufemismos ni aspiran a la metáfora: lo suyo es el "choque". Así, lisa y llanamente, lo que quieren es golpear, enfrentarse, lanzarse como autitos de parque de diversiones contra un único objetivo, para ellas, preciso y bien delimitado: esta sociedad, entendiendo por esta sociedad a "un sistema patriarcal que nos oprime y nos reduce". No hay matices, no hay contradicciones, quieren ser una uña sobre el pizarrón chirriando en el oído de un orden que consideran estático, inerte, opresivo y toda una lista de adjetivos que delatan siempre lo mismo según la visión de estas mujeres: la mano del hombre moldeándolo todo a su imagen y semejanza. Es sencillo para estas chicas, radicalmente sencillo, envidiablemente sencillo –¿quién no daría todo en estos días por un ideal convincente?–, si los hombres han sido los demiurgos de esta cultura, lo necesario es apostar a la contracultura, que teóricamente podrían hacer las mujeres. Nada nuevo si no fuera porque estas mujeres aparecen en público con unos manteles lilas reciclados en hábitos, sus tambores prendidos a la cintura, su voz en cuello, sus letras revulsivas y una definición: grupo de choque musical. ¿Quiénes son? Las Caramelitas en Calzas, cinco mujeres feministas y lesbianas –"irreverentes e inconvenientes"– que se definen por su destino: van siempre en la dirección opuesta. ¿A quién? Bueno, ya lo dijimos, a casi todo lo que signifique institución, sus derivados y afines. ¿Qué hacen? "Lío", contestan, sólo por provocar un poco más, porque por estos días su verdadera razón de ser es la música.

"Hablar del choque en discursos o en documentos nos tenía cansadas", dice María Angélica Ciancio, mientras se quita, modosa, el velo lila que le cubría las sienes. "Somos hijas de varias madres, entre ellas la casualidad y la improvisación", desliza Silvia Palumbo como para explicar esa especie de hábito, también lila, que la envuelve y le exige una expresión inocente. "Somos viejas locas, definitivamente", sentencia Graciela Wolfenson o Coque, como la llaman habitualmente, pero no es necesario creerle. Al menos no en lo que se refiere a la edad, estas cinco mujeres –falta nombrar a Cecilia Escribano y a Gabriela Ubal– que quieren parecer monjas *sui generis* –al menos para los shows– no pasan de los cincuenta. En cuanto a la locura, nada grave a simple vista, nada peor que lo que se puede encontrar en cualquier esquina.

"Luna asoma, ya es la hora/ los zapatos de mi abuela eran de goma/ y los míos..., son de acero/ para patear a violadores en los huevos." Sí, la música que acompaña a esta primera estrofa es la que corresponde a la patriótica "Marcha de San Lorenzo". Y es el inicio de la "Contramarcha de Lorenza", el hit del grupo de choque, que sobre el final de tan aguerrida composición lanza su grito de batalla: "Corpiños y calzones/ que encierran corazones/ creando la conciencia/ ¡Justicia e igualdad!/ ¡Igualdad... igualdad!". De esta misma manera –tomando una melodía que cualquiera puede reconocer, pero alterando su letra– componen la mayor parte de su repertorio. No es una operación inocente, tampoco la exhibición de la falta de recursos. Todo lo contrario, se trata de una estrategia para develar lo que encierran esas antiguas composiciones que se repiten sin prestar atención a lo que se está diciendo. No es el caso exacto de la marcha que elogia al padre de la patria, aunque ahí queda claro, para las Caramelitas, que "hay una fuerza que va en una dirección, que tiene su música y sus textos, y otra que va en dirección opuesta, que choca". Valga la redundancia. Sí en cambio es un buen ejemplo aquella canción de ronda infantil que seguramente recordarán mucho mejor quienes tienen más de cuarenta: "Bichito colorado/ mató a su mujer/ con un cuchillito de punta de alfiler/ a 20 a 20 las tripas calientes de mi mujer". Esa es la versión original, y la de las Caramelitas, por supuesto, tiene una moraleja para aplicar: "Bichito colorado mató a su mujer/ cien años de cárcel debe tener". Revisando las canciones populares, las Caramelitas se hacen un festival: "Que me disculpen las amantes de Serrat, pero, ¿alguna vez escucharon realmente las cosas que dice? Por ejemplo: 'La sombra que en la tarde da una pared/ o el vino que me ayuda a calmar mi sed/ qué otra cosa puede ofrecer/ una mujer'... ¿Eso es todo lo que podemos ofrecer? –se queja Coque, autora de gran parte de las letras del repertorio que Las Caramelitas esperan hacer conocido en cuanto tengan la oportunidad–. Lo que hacemos es recrear un imaginario colectivo para concientizar sobre los barbarazos que la gente canta como si estuviera muy bien y no mereciera ninguna crítica".

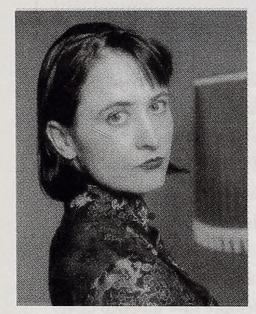
Hasta aquí, está claro en contra de qué están las mujeres del grupo de choque musical, en cuanto a los pros de esta sociedad están, por supuesto, del lado de las mujeres. "No quiere decir que ser mujer sea tener conciencia de género, ni que ser lesbiana quiera decir ser feminista. Pero nosotras estamos, básicamente, a favor de nuestro género por esta discriminación que sufrimos todas, por lo que somos, por la edad, por gordas, por pobres, por aborígenes, por desocupadas... Y no es que estamos en contra de los hombres nada más sino de las instituciones verticalistas que han creado y que nos oprimen." Por si alguien le quedan dudas, las chicas insisten.

Su debut fue –¿cómo podía ser de otra manera?– un 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, en la peatonal feminista que cada año se forma frente a la Librería de las Mujeres. Ahí estrenaron vestuario, repertorio y nombre para un grupo que empezó a formarse cuando las cinco compartían la responsabilidad de mantener abierta La Casa de las Lunas, un espacio exclusivo para mujeres, de reflexión, investigación y recreación. Un proyecto que se diluyó cuando se dieron cuenta de que el trabajo más importante que hacían, gracias a la crisis económica, era juntar el dinero para pagar el alquiler mes a mes. "Pero nunca dejamos la militancia lesbofeminista", dicen, y este grupo es parte de su activismo.

No usan ninguna apoyatura armónica en sus composiciones, sólo tambores y la voz, cruda, lo más primario. "La percusión nos genera una sensación física de conexión con la tierra, es como abrir el centro de la energía, el golpe y el sonido de la voz, nada más", describe Silvia. Además, esa elección les permite salir a la calle con una mínima infraestructura y animar marchas como la que cerró el último Encuentro de Mujeres, en La Plata, cuando recibieron invitaciones para una gira que imaginan, pero no saben cómo podrían bancar. Todas las propuestas son *ad honorem* o para hacer talleres sobre violencia como el que realizaron en ese encuentro en La Plata, trabajando la problemática desde la música. "Los resultados son increíbles porque nadie imagina que un tema tan complejo y tan doloroso como ese puede empezar a destrabarse desde la creación musical." En ese taller fue que se le cambió la letra a la infantil "Bichito colorado". "Nosotras nos imaginamos una contracivilización, donde nos podamos organizar de forma horizontal, pero como sabemos que para eso falta mucho, mientras tanto, nos divertimos", dicen mientras juntan las manos devotamente bajo el hábito lila. En esa pose es fácil creerles que son "muy dulces", como ellas mismas dicen, "sobre todo cuando dormimos".



Rtte.: Berlín



A la cabeza del *Schaubühne ensamble*, la coreógrafa alemana Sasha Waltz se destacó en el III Festival Internacional de Buenos Aires con *Körper* y *Zweiland*, en donde desplegó un humor a la Buster Keaton con reflexiones en acción sobre el cuerpo y la política. Sasha viaja y trabaja con toda su familia y sin baby sitter.

POR SILVINA SZPERLING

Luego de que el OVNI del Schaubühne, comandado por la coreógrafa alemana Sasha Waltz, pasara por Buenos Aires a propósito del III Festival Internacional de Buenos Aires, varias imágenes quedaron flotando en el aire de la ciudad. La de la mujer con larguísimas trenzas que se abren desde su cabeza para culminar en dos palos que ella misma sostiene con su manos mientras avanza lentamente sobre un devastado escenario; la de los cuerpos casi desnudos que se aplastan detrás de un vidrio en una suerte de ventana perdiendo la noción de verticalidad; la de un hombre (japonés) levantado por otros de su piel, en un remedo de tirada de cuerito que confundiera dolor y curación. Todas ellas pertenecen a la obra *Körper (Cuerpo/s)* con la que Sasha inaugurara la temporada 2000 en el mítico teatro berlinés que se atreviera a convocar a varios integrantes de la generación de creadores de treintipico. Entre ellos a esta mujer, coreógrafa, joven y alemana.

Y A MUCHA HONRA

Mientras la ciudad (o, mejor dicho, la intelligentzia local) se divide en adoradores y detractores de esta artista refundadora de la tanztheater alemana, según la crítica internacional, Waltz avanza por la vida acompañada de toda su familia.

Su hermana Yoreme es la manager del grupo que otrora fuera *Sasha Waltz & Guests* y ahora es el *Schaubühne Ensemble*, su marido el dramaturgo Jochen Sandig es uno de los codirectores del teatro, productor y suerte de simpático RR.PP., amén de encargado de acunar en brazos al pequeño hijo de ambos en el estreno de *Körper* (viajan sin baby sitter). Por si esto fuera poco, se suma a la comitiva papá Federico, un apuesto arquitecto alemán que probablemente ha aprovechado la gira del grupo a Buenos Aires para rememorar los tiempos en que vivía en la Argentina, antes del nacimiento de Sasha y Yoreme. Despreocupada (o muy segura) de su identidad, prefiere hablar en inglés en conferencias de prensa y charlas públicas, aunque una representante del Instituto Goethe no la abandone ni a sol ni a sombra y se empeñe en traducir toda comunicación de Waltz con el público argentino (cosa que hace muy bien).

"Cada obra es el resultado de un largo proceso de investigación con los bailarines. Luego de mucho improvisar y tirar ideas, nos concentramos durante tres meses a full a ensayar y darle forma a la obra", comenta Sasha, describiendo un proceso habitual en el actual universo de la danza contemporánea. ¿Qué es lo que la diferencia de sus compinches europeos (a los cuales ya está invitando a bailar en el Schaubühne en la próxima temporada) como Alain Platel o Emio Greco, entre otros? Podría decirse que la preocupación por el espíritu, esa inquietud metafísica característica de lo alemán le otorga una carga de teatralidad que no se amilana por el uso del humor, los ojos rasgados de varios de los miembros de su grupo o la utilización de la palabra al modo storytelling americano.

¿Y qué es entonces lo que marca una distancia con sus predecesores en la danza teatro alemana (Pina Bausch incluida)? Básicamente, una técnica corporal aprendida en el downtown de la Nueva York en los '80, que se superpuso a las clases de su infancia con Waltraud Kornhaas, una discípula de Mary Wigman que enseñaba en la cuadra de su casa en Karlsruhe. También, por qué no decirlo, una gramática no-lineal, propia de la era digital, que construye su relato con tiempos inconclusos, alterados, donde es posible pasar de un gag a lo Buster Keaton a una imagen del hueco que dejan un cellista y su instrumento en el gran muro de *Zweiland* (Doble patria) mientras una walkiria interpretada por un diminuto e increíblemente flexible bailarín (Nicola Mascia) carga en sus espaldas a modo de alas el acordeón que toca otro personaje (interpretado por el director musical Juan Kruz Diaz de Garaio Esnaola).

DOBLE PATRIA

Esta dialéctica entre la descontracturada cultura dancística americana y la reconcentrada y profunda tradición alemana, lejos de provocarle contradicciones insuperables, llevan a Sasha a avanzar por un camino que no se detiene. Se declara ahora en una búsqueda diferente a la de la etapa más narrativa que representa *Zweiland* (1997), obra sobre la reunificación de las dos Alemanias y que integran también *Allee der Kosmonauten* (Avenida de los cosmonautas) y *Na Zemlje* (Sobre tierra), en la que Waltz se dedicó a explorar el alma rusa y se fue con seis bailarines de su compañía más seis rusos a desarrollar el período de investigación a una casa en las afueras de Moscú que albergara a Stanislawsky en otros tiempos. La trilogía sobre el cuerpo iniciada en *Körper* (que concentrara un largo período de research en el Museo Judío de Berlín) y que continuara en *S* (una investigación sobre el sexo, la sensualidad y los sentidos estrenada este año) culminará con la nueva creación que se apresta a atacar a partir de noviembre. "Aquí trabajamos sobre lo espiritual del cuerpo, nos preguntamos qué pasa con el alma cuando el cuerpo se muere", aclara Sasha con la misma expresión entre seria y divertida que lleva permanentemente, los ojos muy abiertos que intentan absorber el mundo al mismo tiempo que se cercioran de que su interlocutor haya comprendido perfectamente. "No estoy interesada en explicar mi trabajo, creo que la interpretación de la obra corre por cuenta de cada persona", responde a una pregunta acerca del significado de una transición entre dos escenas. Los que fueron testigos de esta semana Waltz en Buenos Aires (fiestas y milongas incluidas) comprenden y adhieren fervorosamente a esta actitud.



Después de casi una década de dedicarse casi exclusivamente a enseñar canto, María Rosa Yorio vuelve a cantar. Esta vez, también tangos. Y lo hará para cerrar su primera muestra de pinturas, en la que trabaja desde hace más de un año. La chica que surgió con Sui Generis y que se consagró con Porsuigieco, ahora es una mujer que no habla mucho del pasado.

YORIO QUIERE EMBORRACHAR SU CORAZON



POR SANDRA RUSSO

Ella se ríe y dice que no, que no, que no es un prócer, pero por sobre sus hombros se ve a la diseñadora Sol Suide, una de sus alumnas de canto, afirmar que sí, que sí, que claro que es un prócer. Durante la charla en este piso 18 de pleno Palermo, un mediodía lluvioso que hace juego con el nuevo repertorio que eligió –tangos cantados en clave de blues, piezas casi nobiliarias como "Fuimos" o "Nostalgia" que María Rosa Yorio frasea con respeto y audacia–, apenas una sola vez, y como al descuido, hay una mención al pasado. La mujer de pelo ahora rubio y los ojos rasgados de siempre no mira atrás, pero trae con ella incorporado ese recorrido afortunado que empezó a los 18 años, cuando su vida se cruzó con las de Charly García y Nito Mestre, y ya nada fue igual.

En aquel momento, su voz era la que los casi 200 mil adolescentes y jóvenes que compraron *Adiós Sui Generis* escucharon en los coros. Yorio era todavía más conocida por ser la esposa de García –y la madre de su hijo Miguelito– que por sus méritos musicales. Recién en 1974, con la formación de Porsuigieco, su voz se alzó, despegó, se hizo reconocible; después de debutar en el legendario Auditorio Kraft y de girar por varias ciudades del interior, la placa producida por Jorge Alvarez para Music Hall dejó constancia de esa voz femenina que irrumpía en esa escena del rock nacional todavía predominantemente masculina: de aquellas canciones que han pasado al imaginario colectivo de varias generaciones, acaso la que más sigue sonando en el silencio es "Quiero ver, quiero ser, quiero entrar". Es el eco de un tiempo en el que los jóvenes todavía no eran cínicos.

Ahora, después de una década de estar dedicada casi exclusivamente a la docencia, María Rosa está lista para salir. Con música y también con pintura. Hasta el 12 de octubre, sus cuadros estarán colgados en el Centro de Gestión y Participación (CGP) de Coronel Díaz y Berutti, en Palermo, el barrio en el que vive desde hace mucho. En la clausura, la pintora cantará.

–¿Qué es esto de la pintura?

–En realidad pinté toda mi vida. Empecé a pintar con mi papá, y después seguí pintando con algunos caballeros que me acompañaron. Amigos o parejas. Con Charly pintábamos cuando estábamos juntos. Pero siempre tuve un poco de reservas, me atemorizaba la figura humana. ¿Pintar un codo, pintar una mano? Guau, qué miedo. Hasta que un día me compré materiales y me lancé, ya sin temor.

–¿Con maestro?

–No, sin. No estaba para maestros. Ahora me gustaría poder elegir uno que me guste mucho, como Guillermo Roux.

–Y la muestra, ¿cómo se armó?

–Empecé a mostrar las pinturas en el barrio, en las galerías. Y un día me llamó el director del CGP de acá, y bueno, se dio. Vinieron, les gustaron las obras y ya están colgadas. Y además voy a hacer un show, en el que también van a cantar mis jóvenes alumnas...

–¿Alumnas y no alumnos?

–Se da que vienen mujeres. Hay un varón, bueno. Pero si hay que hacer una muestra, a las chicas les decís "vamos a mostrar" y todas dicen que sí. Los varones dudan.

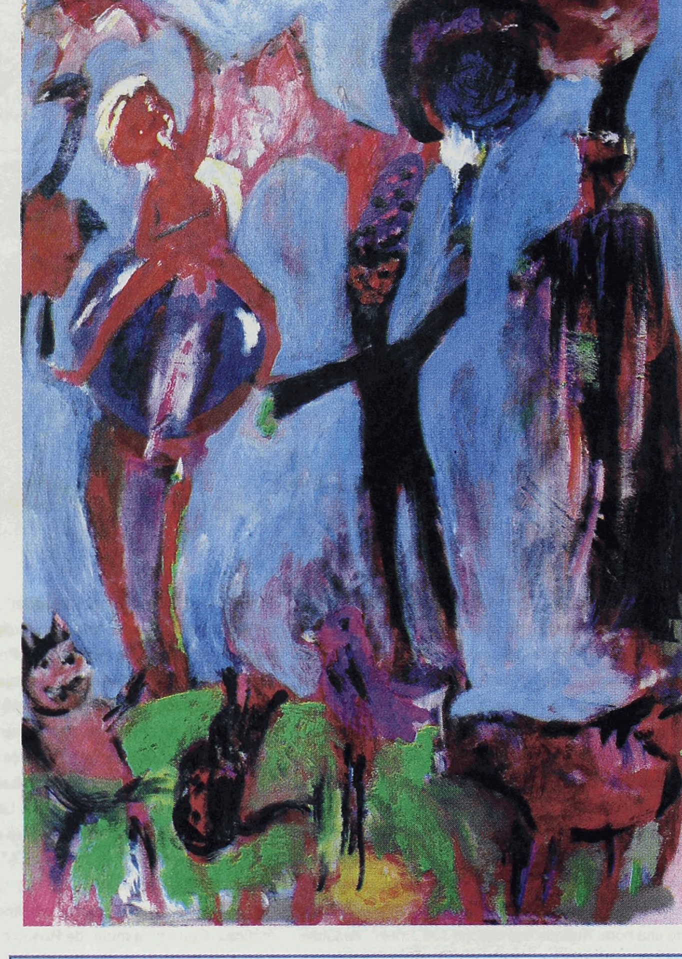
–¿Las mujeres se exponen más que los varones?

–O acatan más las reglas, qué sé yo...

–¿Estuviste estos años concentrada en dar clases de canto?

–Sí. Me sirvió porque me gusta enseñar, pero también estuve un poco aislada del mundo (no lo dice, pero sus ojos rasgados se rasgan más: hubo un dolor muy fuerte,





y se agazapó hasta estar preparada para bajar los 18 pisos que la separan de la tierra y volver a pelearla: ese momento es hoy). Pero seguí trabajando, creando, estudiando. Estudié piano, composición, pinté... Quieta no estuve. Y ahora siento que acá hay una mujer que tiene algo para mostrar, quiero darla a conocer.

–¿Y el tango? ¿De dónde salió?

–Estuvo desde que era chica, y ahora hago los mismos tangos que cantaba cuando era chica. El tango lo llevo. Y un día iba por la calle, distraída, y empecé a blusear: "Quiero emborrachar mi corazón, tarararará", y seguí, y cerraba.

–Y con la pintura, ¿la forma o el color?

–Las dos cosas. Pero yo empiezo descargándome. Me gusta ver el material arriba de la tela. Me gusta lo que pasa. Yo creo que la pintura produce movimientos energéticos en quien mira. Eso lo decía Mondrian. Por eso los esotéricos usan colores y formas para producir esos cambios en la energía. Yo creo eso. Pinto, y después me alejo y miro. Creo ver cosas. Y sigo pintando, pinto lo que acabo de ver.

–¿Estás menos acotada en la pintura que en la música?

–¡Sí! En la música tenés un sol sostenido con un sí menor, y querés ponerle un fa sostenido y no hay caso, no funciona. Es cierto que en la música uno decide respetar estructuras que, de última, podría romper. Pero sí, cuesta más arrasar con lo que se sabe. En la pintura es más factible dejarse llevar, ser antojadizo.

–¿Tu muestra tiene un nombre?

–Sí, se llama "Los motivos del lobo". Era una poesía que yo leía de chica, sobre una conversación entre San Francisco de Asís y el lobo. Francisco le decía que era un sanguinario, que por qué vivía en estado salvaje. Lo convencía de ver otro mundo, el de los hombres, que supuestamente eran piadosos. El lobo probaba, veía, observaba, y después le decía a Francisco: "Muchas gracias, pero mejor me quedo acá". ¿Cuál es el paralelo? Veo todos los días que la gente más pobre, más arrasada, es acusada de ser violenta, y no se me ocurre por qué o cómo podrían ser las cosas de otro modo, siendo este mundo como es, tan violento y arbitrario de arriba para abajo. No hay ejemplos, no hay reglas.

–¿Y la música? ¿Querés grabarla?

–¿Cómo no voy a querer? Quiero producir este material, porque me gusta y me parece bueno, pero hay un poco de hostilidad en el mundo de las productoras. Se usa un poco el maltrato. Y en ésa no quiero entrar.

–En los tangos se te desenmascara una cosa arrabalera que en realidad tuviste siempre. Te sale fácil.

–¡Qué piropo! Es cierto. Hace mucho, algunos me decían Tita Merello. Qué cosa Tita Merello, ¿no? Qué sola que está.

–¿Son dos cosas muy diferentes el hecho de crear y el hecho de vivir de lo que uno produce creativamente?

–Ahora sí. Son cosas distintas. Cuando yo empecé, las cosas se daban naturalmente. Una cosa se encadenaba con la otra. Todo era más pequeño, más fácil, todo era a escala humana. Ahora se complicó.

–Igual, se te nota contenta.

–Qué suerte si se me nota.

"Me gusta ver el material arriba de la tela. Me gusta lo que pasa. Yo creo que la pintura produce movimientos energéticos en quien mira. Eso lo decía Mondrian. Por eso los esotéricos usan colores y formas para producir esos cambios en la energía. Yo creo eso. Pinto, y después me alejo y miro. Creo ver cosas. Y sigo pintando, pinto lo que acabo de ver."

tres mujeres



En el maremágnum televisivo de reality shows, reality-reality, chismes sobre (presuntas) vedettes recicladas y talk shows donde se aprieta (psicológicamente) a las/os participantes hasta que lloran o se insultan entre sí, las sorpresa de un programa inhabitual, bien escrito, actuado y realizado, puede darla Canal 7. Porque, sin desmerecer producciones con remarcables aciertos como "Culpables" (Canal 13) o "Tiempofinal" (Telefé), lo cierto es que parece inviable en la TV abierta comercial la idea de un programa con tres mujeres –tres personajes históricos de distintos períodos que hablan desde la actualidad– conversando, discutiendo, confesándose, reflexionando durante el curso de una hora. Aunque ese diálogo sea ameno, desacartonado, polémico, rico en información transmitida con naturalidad. Créase o no, ese programa existió, se emitió el martes pasado a las 22 –por el 7, por si no quedó claro– bajo el título "Entre el amor y el poder", formando parte del ciclo "Encuentros", que con dirección general de Oscar Barney Finn reúne semanalmente a diversos personajes de la historia y/o la cultura.

Justo es señalar que esta serie se inspira directamente en la producción de la BBC que con el mismo título se conoció localmente a mediados de los 80, por el cable. En aquel caso, se trataba de mesas redondas a las que asistían personalidades de todas las épocas, muy bien caracterizadas, que intercambiaban ideas deslizando datos biográficos, y de su contexto histórico y cultural (la célebre sufragista Susan B. Anthony tuvo que vérselas con Emiliano Zapata, Sócrates y Francis Bacon).

Las ediciones locales de "Encuentros" llevan la firma de distintas/os autoras/es, y el antes mencionado programa de la semana anterior fue escrito por Araceli Bellotta. Talentosa y productiva, Bellotta ha estado presentando últimamente un recital de canciones (tangos, en su mayoría) que le pertenecen en sociedad con Gastón Vivan y que ella interpreta, y acaba de reeditar, con más datos y nuevos documentos, *Aurelia Vélez, la mujer que amó a Sarmiento* (Sudamericana). Periodista, guionista (con trabajos en TV, video, CD Rom), Araceli publicó en 1999 otra biografía, *Margarita Weild y el general Paz* y los libros de comics para chicos *Sarmiento para principiantes* (1998) y *Sarmiento, maestro del éxito* (2000).

El guión de "Entre el amor y el poder" reúne a tres señoras tan relevantes de la historia argentina como Encarnación Ezcurra de Rosas, Eva Perón y Mariquita Sánchez de Thompson en un paisaje escenográfico que remite a los parques de Palermo. Encarnación y Evita se habían citado sin conocerse personalmente y (de lamentar, porque su personaje es muy atractivo y Susana Lanteri se hace un picnic con él) Mariquita llega dos bloques más tarde. Las dos primeras hablan sobre sus maridos, a los que supieron defender, pero el tema que subyace es el del poder. Ambas se confían intimidades de sus casamientos, algún chisme familiar, se reconocen impetuosas y dogmáticas. Cuando la mujer de Rosas habla de la revolución que armó, la de Perón comenta apenada: "Cuánta sangre", y luego de dar su propia lista fúnebre, murmura: "Muerte, muerte, muerte. Treinta mil muertos", en una fluida transición del guión que salta etapas, asociándolas.

Evita y Encarnación se refieren a los hijos, la primera dice que le faltó tiempo, la segunda que no quería embarazos en serie, por eso tuvo tres. Y comenta, celosa, que aunque actuó en política y organizó las finanzas de su marido, "de mí no se acuerda nadie, el nombre que se asocia al de Juan Manuel es el de Manuelita". "Parece que la piba heredó bastante de usted", le retruca Evita, que también tiene cuentas pendientes: "Yo me tuve que aguantar a la que eligió Perón. Ella ocupó el lugar que no me dejaron ocupar a mí". Este es el momento en que, por fin, ingresa Mariquita, canchera, con humor, tomándole el tiempo a Encarnación y descubriendo que comparte con Evita el gusto por los perfumes franceses, si bien ambas discuten los conceptos de caridad, beneficencia, igualdad. Mariquita se defiende de ciertos prejuicios de Evita: "Está muy equivocada si piensa que nos reuníamos para divertirnos y cantar alrededor del piano. Eso lo habrá aprendido en algún texto de historia escolar".

Precisamente lo que hace Araceli Bellotta es alejarse de esos libros del colegio que mandaban al bronce a los próceres y barrían a las mujeres de sus páginas, otorgándole humanidad, espesor y complejidad a tres mujeres que contribuyeron a cambiar el curso de la historia.

la obse

POR S.R.

–¿Dónde está mi vaso de Coca?

–Ah, ¿todavía estabas tomando?

Típico, típico: la obse imagina un mundo en el que los vasos y los platos siempre están limpios y guardados en la alacena; un mundo en el que siempre alguien –probablemente ella– acaba de pasarle el trapo al piso y ha dejado un agradable olor a pino o a lavanda; un mundo en el que no existen, o han sido abolidos, las pelusas, las migas, las telas de araña, los bichos bolita, las hilachas, las cáscaras de huevo, las hormigas, las pulgas, los piojos, el sarro, los mocos, el barro, las manchas, la caspa, la grasa, los hongos, ¿los niños? Sí, los niños también, salvo los que están recién bañados o los que todavía no hacen preguntas.

El escenario en el que la obse se despliega en todo su esplendor es indudablemente la cama. Ella imagina un mundo en el que las camas no se deshacen ni para dormir, y mucho menos para revolcarse en ellas. Si duerme sola o duerme acompañada pero no acostumbra a usar la cama para otra cosa que no sea dormir, ella sabe hacerlo derechita y boca arriba, cosa de no arrugar las sábanas, e instruye a su acompañante para que haga lo propio; y se irrita si él no obedece. Nada puede de sacarla tanto de quicio como un desayuno en una bandeja inestable que deje migas en las sábanas. El roce de su piel contra algo que no sea el algodón almidonado y bienoliente de la sábana puede convertirla en loba: aullará como si en lugar de una simple miga de tostada su pierna hubiese dado con algo dentado, algo húmedo, algo baboso, algo en carne viva. Esa fantasía es la que la vuelve loca: la materia acechando, los humores, la química, los bienes muebles, lo movedizo, lo caliente, lo vivo, lo urgente.

La obse muestra más epidérmicamente una actitud de señora bien limpia y muy prudente. Una señora correctamente peinada. Una señora de cutículas invisibles. Suele engañar como la madre que mejor hace los brownies con nueces. Pero en su interior late un alien carnívoro que duerme el sueño de los falsos mansos fantaseando con un universo quieto y recién planchado, en el que los pantalones mantienen impertérritos sus rayas y las bombachas jamás son rozadas por ningún fluido. La obse expresa con su manía su fobia a los blancos móviles y a los pensamientos negros. Si pudiera elegir, ella tendría el sexo de los ángeles: ninguno.

